

Cuentos con des **concierto**

ORIOI GARCIA MOLSOSA

MERCÈ GALÍ



COMBEL

Aquí tenemos cinco cuentos **concertantes**. Cuentos compuestos de historias reales que, de tan extravagantes, parecen imaginarias. Porque ya se sabe: ¡a veces la realidad supera la ficción!

Giocoso

Risoluto



Pero ¿qué dices, Risoluto? Aquí tenemos cinco cuentos **con desconcierto** muy juguetones. Anécdotas llenas de fantasía y buen humor. Porque no hay nada mejor que una buena historia con la que exagerar la nota.



Una de reyes...

Fantasia Upon One Note, Z. 745

Henry Purcell (1659-1695)



El día en que **el rey**
dio un concierto

El día en que el rey dio un concierto la sala estaba repleta. No faltaba nadie. Porque cuando el rey te invita, más te vale llegar puntual a la cita y poner cara de interés. La señora de la tercera fila llegó al extremo de aguantar la respiración con la mano en el pecho. Ella os dirá que lo hacía «por lo intenso de la interpretación», pero la verdad es que llevaba un vestido tan ceñido que la oprimía y le cortaba la respiración. ¡Maldita moda!



El día en que el rey dio un concierto, el monarca no estaba solo. Lo acompañaban cuatro músicos, los mejores de la ciudad. Tocaron concentrados, tratando de no apartar la vista de la partitura. Y no porque la pieza fuese especialmente complicada. Los cuatro músicos procuraban no mirarse para evitar el ataque de risa que habría enfurecido al monarca. Ver al rey rasgando la viola da gamba de aquel modo era más propio de un número cómico de circo que de un concierto refinado.



Sin embargo, el día en que el rey dio un concierto quien se llevó la peor parte fue Henry, el compositor. Todo había comenzado justo una semana antes, cuando Su Majestad lo citó en palacio.



Aquel día Henry se pintó la cara de blanco con más cuidado que nunca y fue al barbero a que le ajustaran la peluca. Quería causar buena impresión. Mientras cruzaba puertas, salas y salones, escoltado por la guardia real, Henry se devanaba los sesos tratando de adivinar qué le encargaría el rey. «Quizás sea una ópera...», pensó y enseguida imaginó una obertura majestuosa y elegante como los mármoles de aquel inmenso palacio. Cuando finalmente llegó ante la puerta, uno de los guardias anunció: «¡Su Majestad, el rey!». Y la puerta se abrió.

El rey apareció con la peluca despeinada y envuelto en una bata de seda abrochada a medias.

—Querido Henry, te he mandado llamar porque dentro de una semana quiero organizar un concierto.

—¿Un concierto? —preguntó, sorprendido.

—¿Acaso el rey no puede organizar un concierto? ¡¿Insinúas que los conciertos son cosa exclusiva de los músicos?! —preguntó el rey levantando la voz, ofendido.

—¡Desde luego que no, Majestad! —se disculpó con una reverencia—. Mi sorpresa se debe a que desconocía, oh, Majestad, que tocáis un instrumento.

—¡Yo no toco ningún instrumento!

—Pues... ejem... si no es demasiada indiscreción por mi parte —dijo muy cauto—, ¿podrías decirme con qué instrumento tenéis previsto organizar el concierto?

—Con una viola da gamba.





—Entonces mandaré llamar enseguida al mejor maestro de...

—¿Cómo? ¿Crees acaso que a mí me hace falta un maestro? ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que estudiar un instrumento? ¡Tengo un reino que atender! —exclamó, indignado, mientras se abrochaba la bata e intentaba ocultar el pijama que llevaba debajo.

—Desde luego, desde luego...

—Te he mandado llamar, mi querido Henry, porque quiero que me escribas una partitura para viola da gamba. El concierto se celebrará la semana entrante y, evidentemente, será un éxito —dijo con vehemencia.



Esa semana Henry estuvo muy concentrado, trabajando como pocas veces. Primero intentó escribir una melodía sencillísima. Fue corriendo a la plaza y pidió a un niño que nunca había tocado una viola da gamba que ejecutara aquellas cuatro notas. Como era de esperar, el desastre fue mayúsculo. Si el rey llegaba a hacer semejante ridículo, era seguro que mandaría prohibir en todo el reino la música de Henry y... ¡acabaría echándolo del país!

Poco a poco fue simplificando la melodía: quitaba una nota por aquí, se le escapaba otra por allá, ponía un ritmo menos por aquí... hasta dejarla tan esmirriada que solo quedó una nota. Una sola nota sin ritmo, con un sonido infinito. Henry volvió a llevarle la viola da gamba al niño que, claro está, esta vez tocó la partitura razonablemente bien.



El compositor volvió a su casa pensando que con aquello no bastaba. El público sería incapaz de disimular el aburrimiento al escuchar un concierto de una sola nota. ¡Bastaba un bostezo y sería hombre muerto! De modo que decidió rodear aquella nota de unas melodías bonitas y virtuosas. Contrató a los cuatro mejores músicos de la ciudad y les dijo:

—Dentro de siete días tocaréis en presencia del rey.

El día en que el rey dio un concierto, Henry observaba muy nervioso la reacción de los asistentes. Las miradas burlonas y el escepticismo inicial se convirtieron en caras de sorpresa y entusiasmo. Los cuatro músicos y el rey que, imperturbable, seguía tocando una y otra vez aquella nota perpetua, acometían ya los últimos compases. Henry contempló al monarca y suspiró aliviado. Lo veía satisfecho frotando la cuerda do de la viola da gamba.

El día en que el rey dio un concierto el público aplaudió puesto en pie el ingenio de Henry, capaz de convertir en una obra maestra una sola nota tocada por un rey bobalicón.